

Se le aparece cada quincena



el duende



Homero Carvalho • Man Céspedes
Virginia Samos • Enrique Vidaurre
Christian Valbert • Octavio Paz • Guillermo Moscoso

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVI n° 392 Oruro, domingo 25 de mayo de 2008



ZONA FRANCA ORURO
CON NUESTRA CULTURA



Pareja. Acrílico
Erasmio Zarzuela Chambi

Pachamama

Doña Justina Cusicanqui, tierna y sabia anciana, cuenta que escuchó a su abuela relatar la historia de un aymara que, ante los porfiados sacerdotes que pretendían bautizarlo cristianamente, respondió muy sereno:

—Yo nada espero del cielo, todo me lo dio la tierra.

Incertidumbre

¿Seremos la pesadilla de Dios?

Homero Carvalho Oliva en: *Cuento súbite*.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (t)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288600
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

Man Céspedes (*)

Madrecita

Ha despertado el nenito.
Ha llorado el pequeñín; pero sólo ella le ha oído llorar.
La niña se acerca a la cuna de cartón, en que reposa la criatura de pasta.
—¿Por qué lloras, encanto? ¿Tienes hambre, amorcito? ¿Quiéres mamar?
Y se desabrocha la blusita de encajes, y aproxima la pintada boca del muñeco al blanco lino, donde ella línge tener pechos de madre. Y le da su vida: la vida de su inocencia.
Y ella, sólo ella, le ve sonreír.
En el cuerpo de la niña, que aún tiene la asexualidad del ángel, ya hay un espíritu de mujer.
Los hijos de juguete, son hijos del presentimiento.
Las madres de muñecos tienen pechos de esperanza.



Virgenes madres

La hermana

Herolca doncella que quitó su carcaj a Cupido, para defender de faunos la fortaleza del hogar.

Fuente de vida, cerrada al imperio de la raza por herméticos botones de azucenas.

Manantial de amor, descubierto a los sentimientos de fraternidad, por albas explosiones de ternura.

Virgen hacendosa. Belleza honesta. Marta divina, madre hermana de Lázaros y Magdalenas.

La Tía

Madre de puro afecto que concibe hijos en el corazón.

Madre de seno virgen, que con la hebra sedaña del cariño, borda en la tela blanca de su pureza, blancos relieves de senos henchidos de ternura.

Virgen obrera, madre de mieles, esterilidad fecundada para el bien.

Mujer fuerte. Virgen del espíritu de la especie. Madre de la conciencia del deber. Madre del sacrificio del amor.

Madre del asilo. Madre de huérfanos y mendigos. Madre abrigo. Madre enseñanza.

Madre espíritu, que revela el corazón de la madre oprobiosa o desvalida. Virgen madre de los miserables sin madre.

Virgen esposa de Cristo.

Madre redentora

Madre de sangre celeste.

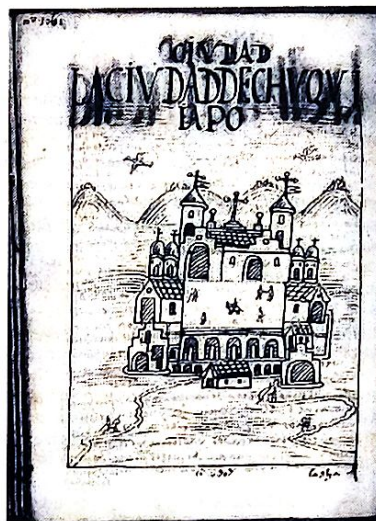
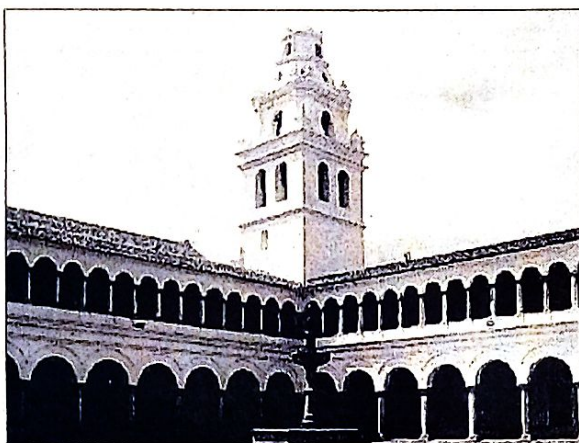
Madre de senos de luz.

Man Céspedes seudónimo de Manuel Céspedes,
escritor chuquisaqueño, 1874 - 1932.

Virginia Samos de Molina (*)

Pesadilla

¡Sucedio durante las Fiestas Mayas!



En el servicio de emergencia del Hospital "Santa María", el doctor Guzmán se pone un guardapolvo blanco, resignado a empezar su turno de la noche.

—Buena noche, doctorcito —lo saluda una enfermera—. Esta noche nos espera un buen trabajo, después de un día de fiesta. No olvide que el **25 de Mayo** es para los chiquisapeños la fiesta más grande del calendario latinoamericano.

—No sea exagerada, enfermera. Espero que no sea para tanto —responde el doctor, desinfectándose las manos.

—Buenas noches, mi querido doctor —entra saludando el practicante—. Espero que esta noche la gente nos deje dormir un poquito. Estoy que me caigo de sueño después del parto de trillizos de anoche.

—¡Qué optimista! Cómo se ve que usted es novato todavía. Según la enfermera, hoy no vamos a cerrar un ojo, ¿verdad? —responde el galeno.

Estaban revisando las historias clínicas de los pacientes más graves, para estar bien preparados cuando de pronto se escucha el ulular de una sirena. Se abren las puertas de emergencia y velozmente ingresa la ambulancia. Salen los camilleros anunciando con voz entrecortada:

—Hubo un accidente en la carretera a Tucsupaya.

Sacando la camilla, uno de ellos musita en voz baja: —Parece que ya ha fallecido, doctor.

El médico se abalanza hacia la camilla y queda petrificado. Pálido, visiblemente impresionado, exclama con voz temblorosa:

—¡No es posible! ¡No es posible!

—¿Algún pariente, doctor?

—No, no, era simplemente un conocido.

...

—Querida, querida; estás muy nerviosa. Tranquilízate. ¿Qué te puede ocurrir estando aquí en tu casa, rodeada de tu marido, de tus hijos? ¡Duerme, mi vida!

—Así que cierro los ojos vuelve esa visión terrorífica. Pero lo peor es que se presenta tan real y ya se ha repetido varias veces.

—Cuando uno está enfermo siempre se pone así. Y los nervios en vísperas de una operación le juegan a uno muy malas pasadas. ¡Vuélvete a dormir!

—No, hijo, no. Yo creo en los sueños premonitorios. Te suplico que le digas al doctor que no me opere el **26 de Mayo**. Después de una fiesta, no. ¿Por Dios!

—Por favor, que no te oigan los chicos. ¿Cómo una persona culta como tú puede creer esas tonterías? Yo me río de los sueños.

...

Al fondo de un túnel largo y tenebroso, en medio de una bruma que semejaba una columna de humo en ascenso, el espectro la llamaba, haciéndole señas con la descarnada mano.

Una brisa fría, cortante la envolvía. Ese olor dulzón le producía náuseas; pero no podía escapar. Al contrario, iba adentrándose cada vez más y más en ese túnel sin salida. Acercándose más y más a un bulto cubierto con una gasa negra, etérea.

Sentía que el cerebro le iba a estallar; que la presión era insoportable allá abajo. Pero seguía adelante. Una fuerza misteriosa la impulsaba a ir hasta el final.

De pronto, el bulto negro que la precedía en ese camino sin retorno, se metió en el ataúd que lo estaba aguardando y automáticamente la tapa cayó encima, asegurándose con un golpe seco.

Sabía que debía huir de allí, escapar de la muerte. Sin embargo, una rara intrepidez la forzaba a abrir el cajón. Quería descubrir quién era el muerto. ¿Se encontraría con su propio cadáver, si lograba abrirlo?

La espalda estaba totalmente empapada de un helado sudor; sus dientes se golpeaban unos con otros; sus dedos temblorosos apenas podían asir la madera. Sin embargo, poseída de una fuerza extraña en ella y a despecho del crujir de las bisagras, fue abriendo lentamente el cajón. ¡Qué peso espantoso! ¡Lo sentía exactamente sobre su corazón! Ese peso no la dejaba respirar. Por fin, con un último y brusco tirón cedió la tapa... ¡No, no era posible! Ahí

dentro no había ningún cadáver, sólo una cruz negra, toscamente dibujada y a su lado el número 26.

...

El contacto con un líquido helado en pleno rostro la volvió al estado consciente.

—Amor, despierta, esto no puede seguir así. Sufres tremendamente en tus sueños. Si tu operación después de los festejos del 25 de Mayo te preocupa tanto, yo hablaré con el médico y la postergaremos. Te doy mi palabra.

—¡Sí, sí! ¡Por Dios! No permitas que me operen ese día. No quiero morir. He estado en el recinto de la muerte y he logrado leer ese número: 26

—Querida, yo me río de todas esas abusiones, pero... en fin. Hablaré con el doctor Guzmán.

...

—Doctor, antes de llevarlo a la morgue, habrá que buscarle en los bolsillos algún documento de identidad a este hombre, para poder avisar a su familia.

—No es necesario, yo lo conozco perfectamente. Hoy día tenía que haber operado a su esposa; pero, debido a su estado de nervios y a sus extrañas pesadillas, él me habló para postergara la operación.

(*) Sucre 1942. Docente en la Universidad de San Francisco Xavier. El relato pertenece a su libro "Cuentos de mi tierra" publicada por Ediciones Agua del Inisterio.

Enrique Vidaurre Retamozo:

Los Colorados

El General Enrique Vidaurre Retamozo (Potosí, 1897 – La Paz, 1990) tuvo amplia carrera militar, diplomática e biógrafo y pintor. Con referencia al Batallón Colorados de Bolivia, en la siguiente crónica

**Crónica
(fragmento)**

La palabra historia suele traer al pensamiento toda una serie de hechos, caudillos, personajes diversos, guerras y fechas importantes que dan luz sobre aspectos generales de una sociedad, de alguna Institución o de un determinado período histórico en el que no se considera y respeta a héroes nacionales como en el caso de los "Colorados de Bolivia" cuya triste relación hecha por mi profesor de Historia en el Colegio Nacional de Pichincha de la Villa Imperial de Potosí, Don Luis Zubierta Sagárnaga, esbozamos en lo que a continuación sigue:

Era el 26 de Mayo de 1881, primer aniversario de la acción heroica de nuestros soldados en el Alto de la Alianza. Las campanas de la ciudad tañían lúgubremente y en todas las iglesias se realizaban oficios fúnebres a la memoria de los defensores de la patria muertos en el campo de batalla. Las corporaciones oficiales de riguroso luto concurrieron a la Catedral, donde se pronunciaron elocuentes discursos en honor de los héroes que rindieron la vida en la guerra del Pacífico.

Los órganos periodísticos salieron ese día con artículos adecuados a la fecha, recordando particularmente a los que sucumbieron.

Los poetas no quedaron en zaga. Desgranaron al contrapunto sentidas estrofas a la memoria del General Pérez, del Coronel Ravelo, y de todos los héroes que pasaron a mejor vida. Todo esto en honor de los muertos, mientras los héroes que aún alentaban en este mundo, eran olvidados o vistos con desprecio o perecían de necesidad.

Los Colorados hacía ocho días que no habían recibido un solo centavo. Las pobres rabonas hacían verdaderos sacrificios para alimentar a los soldados, que sin ese abnegado apoyo habrían perecido de inanición. Se les debía los diarios de una semana y a cada reclamo se les contestaba con simples ofertas de un próximo pago. Pidieron licencia para salir a implorar su sustento en la calle y se les negó ásperamente el permiso.

Recordaron a sus jefes que aquel día era un día de gloria para ellos y manifestaron su deseo de festejo con libaciones, solicitando en grupo y en voz alta el pago inmediato de los diarios que se les adeudaba; la contestación fue una amenaza de flagelación al primero que levante la voz.

Se impone el silencio ante la sorpresa de tan inesperada respuesta; pero era el silencio que precede al bramido del pampiro, al estallido del trueno, al rugido del huracán. En aquel ambiente de injusticia y de odio se condensaban negros nubarrones que debían desatarse en una tormenta incontenible.

Las rabonas, que durante 65 años desempeñaron papel importante y decisivo en los cuarteles, fueron también en esa vez las que alimentaron el fuego con nuevo material de combustión. Clandestinamente introducían en el cuartel momento a momento bebidas adquiridas con mil empeños y sacrificios.

Bajo la influencia de esas bebidas y al recuerdo de los mimos de que eran objeto cuando militaban bajo las órdenes del General Daza, su irritación subía de punto a medida que avanzaba el día.

Resuelven por última vez pedir por medio de sus sargentos la cancelación inmediata de sus dineros y además un pre extraordinario en premio a su heroico comportamiento en el Alto de la Alianza.

Los sargentos vuelven con la noticia de que en la caja del cuerpo no hay un solo centavo.

¡Mentira!, exclaman todos ellos. Ésa no es más que una superchería de que se valen para matarnos de hambre. Es necesario asaltar la caja, dice uno de los

sargentos, y hacernos pago por nuestras propias manos. ¡Sí! ¡Sí!, exclaman todos, es necesario hacer eso o decir que no somos ya los Colorados de Bolivia!

El más anciano, y por consiguiente el más reposado de los Colorados, pide tregua y les dice:

—Esperemos compañeros, se nos ha ofrecido para hoy la cancelación de nuestros diarios y tal vez anden a estas horas en pos del dinero necesario para el efecto. Si hasta la hora del silencio no se cumple formalmente con esa promesa, yo seré el primero en armarme y asaltar la caja, fusilando, si es necesario, al Capitán cajero.

¡Hasta la hora del silencio!... ¡Eso es mucho esperar!, dice uno de los más impacientes. Pero resuelven conformarse con la indicación hecha por el sargento y siguen libando algunas copas más en el curso de aquel día de eterna memoria.

Cierra la noche, la ebriedad aumenta, se inicia el desorden.

Rugidos de ira lanzan en su desesperación aquellos leones dignos de mejor suerte.



Los jefes no se atreven a penetrar en aquel cuartel que más parece el cubil de fieras hambrientas. Los oficiales huyen en bulito para evitarse de compromisos y responsabilidades.

Se toca el silencio, lento, prolongado, melancólico, a la hora de ordenanza. Es la hora convenida. Los jefes no han cumplido su compromiso de pagar a la tropa. Los sargentos arman sus compañías y asaltan la caja del cuerpo. ¡No se encuentra un solo centavo!... La cólera de los soldados sube de punto, atropellan la guardia y se lanzan a la calle a conseguir por la fuerza lo que por la fuerza y sin razón se les niega.

Lanzan algunos tiros y penetran por grupos en algunas cantinas y chicherías. El pánico se apodera de la ciudad. Precipitadamente se cierran todas las puertas. ¡No hay ni una víctima! Los héroes del desierto no descienden a desempeñar el papel de asesinos o malhechores. Piden pan y una copa de licor y se satisfacen con ello. Pan, porque tienen hambre, y licor, porque ¡quieren festejar su propia gloria!...

os de Bolivia

intelectual durante la Guerra del Chaco y allí se consolidó no sólo como militar, sino como cronista, historiador, refiere los acontecimientos sucedidos un año después de la Batalla del Alto de la Alianza.



No obstante esto, se arma la columna de guarnición hasta los dientes y sale en la oscuridad de la noche a dar caza a ojo cerrado a los tan temidos Colorados. El jefe militar de aquella plaza, Coronel Cesáreo Alcérreca, envía aquella misma noche un extraordinario a Potosí, pidiendo auxilio.

El Comandante General, José Manuel Rendón, manda inmediatamente, a marchas forzadas sobre Chuquisaca, el Batallón Ayacucho.

Comienza la balida y se encuentra en distintos rincones de la ciudad 28 soldados del tan temido Batallón rojo. Un consejo de guerra se hizo cargo de ellos para su juzgamiento.

...

Vamos ahora a presenciar el desenlace del terrible drama que principia en Sucre y concluye en Potosí.

Concluido el proceso y remitido a La Paz, volvió el Batallón Ayacucho a Potosí, conduciendo a los 28 encausados, a quienes se les mantuvo presos en el cuartel de la Columna de Guarnición. La sentencia dictada por el consejo de guerra condenaba a la pena de muerte a ocho sargentos y cabos, que por las pruebas producidas resultaban como cabecillas principales del motín, y a los demás reos a confinamiento a climas mortíferos, por resultar cómplices únicamente de los anteriores.

Las señoras de Potosí, elevaron ante el Presidente de la República una solicitud, pidiendo gracia a favor de los ocho soldados condenados muerte, en vista de su heroico comportamiento en defensa de la patria y argumentando también sobre el estado de ebriedad en que se encontraban en el acto de la insubordinación, haciendo presente a la vez el estado de justa excitación en que se encontraban a causa del hambre, de la desnudez y de la injusticia con que se les trataba, desconociendo sus innegables méritos. Añadía una consideración más de fondo filosófico y humanitario, y era el respeto que debe tenerse siempre y en todo caso por la vida humana, cuya inviolabilidad no tiene derecho de desconocer ningún mandatario, ni autoridad ni ley alguna.

El Presidente de la República, General Narciso Campero, nada escuchó y ordenó inexorablemente el ensañamiento: ¡Ejecútese!... En consecuencia, fueron puestos en capilla en el mismo cuartel de la Columna de Guarnición los ocho soldados condenados a muerte, que fueron los siguientes: Anselmo Jiraldés, sargento primero; Francisco Miranda, sargento segundo; Francisco García, sargento segundo; Jerónimo Sánchez, sargento segundo; Francisco Calderón, sargento segundo; Clemente Rojas, cabo segundo; Benito Soliz, cabo segundo e; Hipólito Miranda, soldado.

La última noche de su vida pasaron en mutuas confidencias, recordando cada uno de aquellos héroes su vida militar de valientes. En las primeras horas de la mañana del 8 de agosto de 1881, fueron llegando uno a uno los sacerdotes encargados de auxiliar a los reos en su último trance. El primero en presentarse fue el capellán del Monasterio del Carmen, presbítero Pío Gualberto Buslillo, quien tomando un breviario les hizo rezar las oraciones de los agonizantes, ahogando los sollozos en su garganta y sin poder contener el llanto. Los reos lloraban también al recordar las más caras afecciones que dejaban en este mundo. Algunos de ellos hicieron llamar a su esposa, a su madre, a sus hijos, para darles el último adiós, para depositar en sus frentes el último beso. ¡Escena patética que embargó todos los ánimos y enterneció todos los corazones!...

A las siete de la mañana se les administró el viático. A las 8, después del toque de diana, se llevó a cabo el relevo de la guardia, entrando en servicio aquel día la primera compañía del Batallón Ayacucho, comandada por el Capitán Peñañanda. A las ocho y media se hallaban en formación en la Plaza 10 de Noviembre todos los cuerpos del ejército residentes en la ciudad, y que eran los siguientes: batallones Calama y Ayacucho, Regimiento Potosí y la Columna de Guarnición.

El populacho, ansioso de espectáculo, por sangriento y repugnante que ello sea, llenaba la plaza. Al son de los tam-

bores desfilaron el Batallón Ayacucho, en medio de una doble hilera de soldados, a los ocho reos, cada uno de ellos acompañado de un sacerdote. El General Ramón Gonzáles, a caballo, vestido con su uniforme de gala, se puso al frente de la línea y dio la orden de marcha.

Batieron las bandas de músicos marchas guerreras: la que iba a la cabeza, que era la del Ayacucho, tocó la marcha de la Cantería, la misma que los Colorados entraron al combate en el Alto de la Alianza... ¿Era un sarcasmo o un agasajo?...

Se puso en movimiento la comitiva desembocando por la esquina del cuartel a la calle Ayacucho, torciendo luego a la calle Buslillo, calle Bolívar, calle Oruro y bajando por San Bernardo al Campo de San Clemente. Hizo un alto la comitiva junto a la Casa de Pólvora. El General Rendón se había negado a concurrir a aquel acto, de modo que lo presidió el General Gonzáles, a cuya voz de mando se formó un cuadro teniendo por base el muro norte del mencionado edificio, al pie del cual se veían ocho patibulos.

Cerrado el cuadro, salió un heraldo, como en la época del coloniaje, a gritar en cada ángulo: ¡Pena de la vida al que interceda por los ajusticiados! Triste resabio de tiempos bárbaros que se conserva como un insulto a la civilización contemporánea.

Se alinearon los reos a una voz de mando, dieron algunos pasos hacia el muro y se sentó cada uno en el patibulo que le cupo en suerte, de derecha a izquierda en el siguiente orden: 1. Anselmo Giraldez, 2. Francisco Miranda, 3. Jerónimo Sánchez, 4. Francisco Calderón, 5. Clemente Rojas, 6. Hipólito Miranda, 7. Francisco García y 8. Benito Soliz. Se intentó vendar los ojos de los reos, pero cada uno de ellos protestó contra tal medida, manifestando valor suficiente para ver cara a cara a la muerte, a la que no habían temido ni en el fragor de los combates. ¡A esos leones jamás abandonó el valor y la serenidad, ni al frente del onanismo en los campos de batalla, ni delante de sus verdugos en el suplicio!

Un piquete de tiradores se destacó de la primera compañía del Batallón Ayacucho, que era la que se encontraba de servicio en aquel día. Se alineó con vista a los reos, tomando la distancia conveniente.

El gentío era inmenso, pero nadie respiraba, se podía oír el zumbido de una mosca. La ansiedad era general. En todos los rostros se hallaba marcada la angustia, retratado el dolor, pintado el sufrimiento más intenso, pero nadie pronunciaba una palabra. Todos los ojos se hallaban clavados en los reos, nadie quería perder de vista el menor detalle, como queriendo grabar en su alma todas las perpecias de aquel drama sangriento.

A una señal del jefe se escuchó el crac crac de los rifles al ser cargados con la bala homicida. Los reos se mantuvieron impasibles cual estatuas gallardas de heroísmo y valor. Los sacerdotes se apartaron de los reos y se retiraron a orar a distintos puntos de aquel cuadro de la muerte, algunos de ellos, se arrodillaron con los ojos llenos de lágrimas y clavados en el cielo.

A otra señal dada por la espada del jefe de los tiradores apoyaron la culata de sus rifles en el hombro derecho, agacharon la cabeza y apuntaron cuidadosamente a un punto determinado. Para los ocho Colorados, en aquellos instantes debió ser un siglo cada segundo... ¡Cuánta angustia, Dios santo!... ¡Qué martirio! ¡Qué sufrimiento! Y fuera del cuadro habían otros seres que padecían en aquel momento más que los ajusticiados. Eran las madres, las esposas y los hijos de los que iban a fusilar...

Por fin sonó la descarga, uniforme, simultánea, de treinta y dos rifles. Describir lo que pasó en aquel momento en todos los ánimos, es imposible. Del seno de la muchedumbre brotó un solo aullido en todos los tonos que repercutió con eco lúgubre en las montañas próximas. Algunas mujeres se desmayaron. Todas lloraban. No pocas personas, de rodillas y en cruz, ¡clamaban misericordia!...

Todos los soldados que formaban el cuadro de suplicio, empalidecieron, y se pusieron temblorosos. Los mismos je-

fes balbuceaban al dar las órdenes de mando. Los ocho Colorados yacían en el suelo manando sangre por distintas heridas; unos clavados de bruces, otros caídos de costado y algunos no habían hecho más que resbalar de espaldas apoyados en el banquillo.

Se deshizo el cuadro de la muerte. Los soldados cerraron en masa sobre la primera compañía del Ayacucho y marcando el paso se aprestaron a un desfile macabro. El General Gonzáles dio la voz de ¡Paso regular! ¡Vista a la derecha! Y todas las compañías en formación de cuatro en fila, con vista a los Colorados y al paso regular, desfilaron delante de los patibulos con dirección a la ciudad. Los pobres soldados se hallaban materialmente lividos ante aquella escena de sangre y terror.

Por otro rasgo de salvajismo se dispuso que los cadáveres quedaran insepultos y a la expectación pública durante aquel día, a imitación de lo que hacían en la edad media los señores de horca y cuchillo, dejando colgados en los árboles o arrojados en los campos los cadáveres de sus víctimas, para que sirvieran de pasto a los buitres y a los perros.

Una vez concluido el aparato militar y desalojado el campo por los cuerpos de línea, se abalanzaron sobre los cadáveres las viudas y los huérfanos de los fusilados, aquellas víctimas inocentes del despotismo de la injusticia o de la barbarie. ¡Tiempos y desdichados seres que quedaron en el mundo sin pan y sin apoyo a merced de la caridad pública!

¡Ved, ahí el pago de la patria a los que por ella se sacrifican!



C

hristian Valbert

Christian Valbert (Francia, 1939) más conocido como diplomático, se revela también como poeta, artista plástico, lingüista, sociólogo historiador del arte. A nivel profesional es mozo de mudanzas, jinete, profesor, periodista, agricultor, empresario de construcción, cooperante y colaborador de ministros. Habla siete idiomas. Ha vivido veinte años de su vida en África. Los poemas – grafemas pertenecen a su libro "Caminos" (1986).



Muerte
chiquitina
esféricamente resoluta
cocodrilando muy por encima
en los arboles de las cinco y media.
Con el Nilo abajo.
Golondrinas suspensivas chillaban
martinetes enmarañados
de los que dicen:
"En los corrales del cielo
se ha muerto el hijo mayor
¡ay de quien lo supiera y no me lo dijol!"
Muerte polvorienta de cuarenta siglos
por la caliza tartamudeando jeroglíficos
mientras los turistas sacaban fotografías
y yo escuchara el sordo tambor de la aorta,
candoble espinoso y de tan lejos conocido,
mustio tocadiscos de la oreja interna,
en los altos alminares de una mirada cansada.
¡Río abajo miamor!
hacia los pantanales de la luna
donde Mohamed se cansó de esperar
a Mohamed.
Vocería soñolienta,
acabar tristoliento,
en la araña posible del pecho
un transistor pardo da las once en punto.
Yo te quiero Nut, impasible,
sin miedo
como quiero la muerte que me devoro.

Si fuéramos
si fuéramos
en el esplendor de la mañana mañana
sino telaraña lánguida tejida de llanto
Si fuéramos
un ocaso jocoso sin temor de nuestro andar
Si fuéramos
un grito dorado prendido en los alambres telefónicos altos
del vivir morir
¡Ay amor muerto en hormigón armado!
Una hoja
medio seca
una risa
estrellada
guijarro
pisoteado
hormiga correo
y la palabra mojada de mi mano
para tinadie
para las anchas horizontalidades
de las penas encastillada
para
paradito
el cuento se acabó

Es vital la crueldad
sí
vital como la chatarra
como la palmera
como la muerte
sí es que es cruel la crueldad
como una mano amordazada
como un grito sin terciopelo
como un zapato de jilguero
Ya vamos
paso a paso
por los rieles de los tocadiscos del mundo
por la risueña autopista de Damasco
¡Arre viejo!
paso a paso
quedo
un tocayo sutil de la mano
sutil
harapiento
-¿quién será?
-¿quién será?
Muchísimo gusto señora Nadia
Hasta mañana señora Nada
Hasta la noche
chichirimoche
y no se olvide de una cosa
que es imprescindible
la crueldad

Más allá de las ilusiones
hay la ilusión.
Más allá de ti
estás tú.
Los cristales cuentan mentiras sin color
y las palabras son espejismos.
Porque sí.
Dime tu boca,
nárrame tus pupilas,
dibújame tu cuerpo
- gestos –
- miradas –
- ademanes –
pero no me dispares adjetivos
- dedos –
no me taladres con verbos
- caricia –
Rota la puerta
me interné por atajos entre dunas
procurando horizonte cercano,
relampagueando el espejo
desemboqué un momento inmenso
de piedra parda
y arenas acostadas.

Nunca sabré decir
el camino que caminé
a puras dentelladas,
a toda sangre.
Más allá de la puerta
había otra puerta,
otros caminos,
otros fonemas
¡los espejos paren tantos espejos!

Me dijiste una vez –y temblabas–
acorrallada en tu juventud malhábil:
Ríndeme homenaje porque te quiero,
yo soy la nueva Eva nacida de las
olas del viento arpeando los sauces.

La música del violonchelo tan lírico
anidaba inaudita en tus dedos secretos
inaudita como preñez soñada de caoba pulida.

No contesté. Miré con ternura tu desnudo cóncavo
en el que no había lugar ni para mí, ni para ti.

Ferida sutil, endeble grieta del alma
ámote
tan de cima como mi muerte tocaya,
oscura manita abandonada en la mía.
Una reyerta de tiempo y geografía
me divorcia de ti:
ámote tal vez más por eso,
tierna caracolita negra,
ámote porque sí, tercamente, como aman los huérfanos.

... es como liar un cigarro a las cinco de la mañana
o despertar soñando con los colegas de la oficina
madre mía
¿dónde está la vida?

¿Estos "caminos?" Un laberinto. Si éste es un libro de un gran viajante, no te dejes impresionar por la Torre de Babel de países y de idiomas. Que sea bajo un poncho indio o una buba africano, el hombre hombre es, con idénticas angustias, con el mismo afán de más allá. Si, a primera vista te llama la atención las "anchas horizontalidades", no te olvides de trepar la cumbre del pensamiento ni de bajar a los yungas de la afectividad: este vasto mundo tiene también sus verticalidades. ¡Qué terrible mundo éste! Christian Valbert intenta comunicar el rugido de la quemadura con sus poemas y sus dibujos. Pero también, en otras ocasiones, lo hace a través de sus fotografías o de sus esculturas, sin olvidar, dice, la música, que ritma cualquiera de sus manifestaciones artísticas, este secreto lenguaje de los dioses sin el cual ningún otro arte pudiera existir.

Discurso: Premio Nobel de Literatura - 1990

Fundación y disidencia

Octavio Paz. 1914 - 1998. Poeta, ensayista y diplomático mexicano.

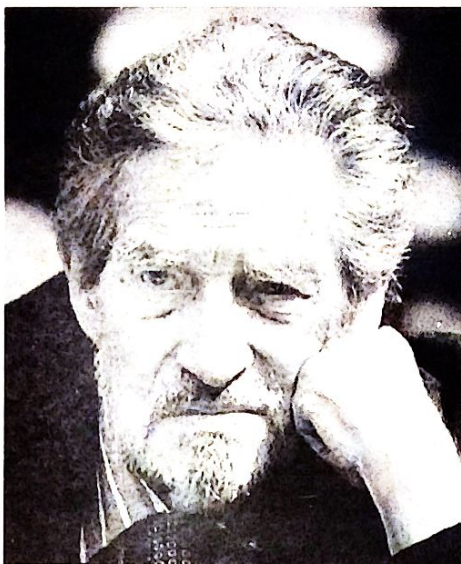
Primera de tres partes

Comienzo con una palabra que todos los hombres, desde que el hombre es hombre, han proferido: *gracias*. Es una palabra que tiene equivalentes en todas las lenguas. Y en todas es rica la gama de significados. En las lenguas romances va de lo espiritual a lo físico, de la de la gracia que concede Dios a los hombres para salvarlos del error y la muerte a la gracia corporal de la muchacha que baila o a la del felino que salta en la maleza. Gracia es perdón, indulto, favor, beneficio, nombre, inspiración, felicidad en el estilo de hablar o de pintar, además que revela las buenas maneras y, en fin, acto que expresa bondad del alma. La gracia es gratuita, es un don. Aquel que lo recibe, el agradado, si no es un mal nacido, lo agradece: da las gracias es lo que yo hago ahora con estas palabras de poco peso. Espero que mi emoción compense su levedad. Si cada una fuese una gota de agua, ustedes podrían ver, a través de ellas, lo que siento: gratitud, reconocimiento. Y también una indolible mezcla de temor, respeto y sorpresa al verme ante ustedes, en este recinto que es, simultáneamente el hogar de las letras suecas y la casa de la literatura universal.

Las lenguas son realidades más vastas que las entidades políticas e históricas que llamamos naciones. Un ejemplo de esto son las lenguas europeas que hablamos en América. La situación peculiar de nuestras literaturas frente a las de Inglaterra, España, Portugal y Francia depende precisamente de este hecho básico: son literaturas escritas en lenguas transplantadas. Las lenguas nacen y crecen en un suelo; las alimenta una historia común. Arrancadas de su suelo natal y de su tradición propia, plantadas en un mundo desconocido y por nombrar, las lenguas europeas arraigan en las tierras nuevas, crecieron con las sociedades americanas y se transformaron. Son la misma planta y son una planta distinta. Nuestras literaturas no vivieron pasivamente las vicisitudes de las lenguas transplantadas: participaron en el proceso y lo apresuraron. Muy pronto dejaron de ser meros reflejos transatlánticos; a veces han sido la negación de las literaturas europeas y otras, con más frecuencia, su réplica.

A despecho de estos vaivenes, la relación nunca se ha roto. Mis clásicos son los de mi lengua y me siento descendiente de Lope y de Quevedo como cualquier escritor español... pero no soy español. Creo que lo mismo podrían decir la mayoría de los escritores hispanoamericanos y también los de los Estados Unidos, Brasil y Canadá frente a la tradición inglesa, portuguesa y francesa. Para entender más claramente la peculiar posición de los escritores americanos, basta con pensar en el diálogo que sostiene el escritor japonés, chino o árabe con esta o aquella literatura europea: es un diálogo a través de lenguas y de civilizaciones distintas. En cambio, nuestro diálogo se realizó en el interior de la misma lengua. Somos y no somos europeos. ¿Qué somos entonces? Es difícil definir lo que somos pero nuestras obras hablan por nosotros.

La gran novedad de este siglo, en materia literaria, ha sido la aparición de las literaturas de América. Primero surgió la angloamericana y después, en la segunda mitad del siglo XX, la de América Latina en sus dos grandes ramas, la hispanoamericana y la brasileña. Aunque son muy distintas, las tres literaturas tienen un rasgo en común: la pugna, más ideológica que literaria, entre las tendencias cosmopolitas y las nativistas, el europeísmo y el americanismo. ¿Qué ha quedado de esa disputa? Las polémicas se disipan: quedan las obras. Aparte de este parecido general, las diferencias entre las tres son numerosas y profundas. Una es de orden histórico más que literario: el desarrollo de la literatura angloamericana coincide con el ascenso histórico de los Estados Unidos como potencia mundial; el de la nuestra con las desventuras y convulsiones políticas y sociales de nuestros pueblos. Nueva prueba de los límites de los determinismos sociales e históricos; los crepúsculos de los imperios y las perturbaciones de las so-



Octavio Paz

ciudades coexisten a veces con obras y momentos de esplendor en las artes y las letras: Li Po y Tu Fu fueron testigos de la caída de los Tang, Velázquez fue el pintor de Felipe IV, Séneca y Lucano fueron contemporáneos y víctimas de Nerón. Otras diferencias son de orden literario y se refieren más a las obras en particular que al carácter de cada literatura. ¿Pero tienen carácter las literaturas, poseen un conjunto de rasgos comunes que las distingue unas de otras? No lo creo. Una literatura no se define por un quimérico, inasible carácter. Es una sociedad de obras únicas unidas por relaciones de oposición y afinidad.

La primera y básica diferencia entre la literatura latinoamericana y la angloamericana reside en la diversidad de sus orígenes. Unos y otros comenzamos por ser una proyección europea. Ellos de una isla y nosotros de una península. Dos regiones excéntricas por la geografía, la historia y la cultura. Ellos vienen de Inglaterra y la Reforma; nosotros de España, Portugal y la Contrarreforma. Apenas si debo mencionar, en el caso de los hispanoamericanos, lo que distingue a España de las otras naciones europeas y le otorga una notable y original fisonomía histórica. España no es menos excéntrica que Inglaterra aunque lo es de manera distinta. La excentricidad inglesa es insular y se caracteriza por el aislamiento: una excentricidad por exclusión. La hispana es peninsular y consiste en la coexistencia de diferentes civilizaciones y pasados: una excentricidad por inclusión. En lo que sería la católica España los visigodos profesaron la herejía de Arriano, para no hablar de los siglos de dominación de la civilización árabe, de la influencia del pensamiento judío, de la Reconquista y de otras peculiaridades.

En América la excentricidad hispánica se reproduce y se multiplica, sobre todo en países con antiguas y brillantes civilizaciones como México y Perú. Los españoles encontraron en México no sólo una geografía sino una historia. Esa historia está viva todavía: no es un pasado sino un presente. El México precolombino, con sus templos y sus dioses, es un montón de ruinas pero el espíritu que animó ese mundo no ha muerto. Nos habla en el lenguaje cifrado de los mitos, las leyendas, las formas de convivencia, las

artes populares, las costumbres. Ser escritor mexicano significa oír lo que nos dice ese presente —esa presencia. Oírlo, hablar con ella, descifrarla: decirla... Tal vez después de esta breve digresión sea posible entrever la extraña relación que, al mismo tiempo, nos une y separa de la tradición europea.

La conciencia de la separación es una nota constante de nuestra historia espiritual. A veces sentimos la separación como una herida y entonces se transforma en escisión interna, conciencia desgarrada que nos invita al examen de nosotros mismos; otras aparece como un reto, espuela que nos incita a la acción, a salir al encuentro de los otros y del mundo. Claro, el sentimiento de la separación es universal y no es privativo de los hispanoamericanos. Nace en el momento mismo de nuestro nacimiento: desprendidos del todo caemos en un suelo extraño. Esta experiencia se convierte en una llaga que nunca cicatriza. Es el fondo insondable de cada hombre; todas nuestras empresas y acciones, todo lo que hacemos y soñamos, son puentes para romper la separación y unirnos al mundo y a nuestros semejantes. Desde esta perspectiva, la vida de cada hombre y la historia colectiva de los hombres pueden verse como tentativas destinadas a reconstruir la situación original. Inacabada e inacabable cura de escisión. Pero no me propongo hacer otra descripción, una más, de este sentimiento. Subrayo que entre nosotros se manifiesta sobre todo en términos históricos. Así, se convierte en conciencia de nuestra historia. ¿Cuándo y cómo aparece este sentimiento y cómo se transforma en conciencia? La respuesta a esta doble pregunta puede consistir en una teoría o en un testimonio personal. Prefiero lo segundo: hay muchas teorías y ninguna del todo confiable.

El sentimiento de separación se confunde con mis recuerdos más antiguos y confusos: con el primer llanto, con el primer miedo. Como todos los niños, construí puentes imaginarios y afectivos que me unían al mundo y a los otros. Vivía en un pueblo de las afueras de la ciudad de México, en una vieja casa ruinoso con un jardín selvático y una gran habitación llena de libros. Primeros juegos, primeros aprendizajes. El jardín se convirtió en el centro del mundo y la biblioteca en caverna encantada. Leía y jugaba con mis primos y mis compañeros de escuela. Había una higuera, templo vegetal, cuatro pinos, tres fresnos, un hule-de-noche, un granado, herbazales, plantas espinosas que producían rozaduras moradas. Muros de adobe. El tiempo era elástico; el espacio, giratorio. Mejor dicho: todos los tiempos, reales o imaginarios, eran *ahora mismo*; el espacio, a su vez, se transformaba sin cesar: allá era aquí; todo era aquí: un valle, una montaña, un país lejano, el patio de los vecinos. Los libros de estampas, particularmente los de historia, hojeados con avidez, nos proveían de imágenes: desiertos y selvas, palacios y cabañas, guerreros y princesas, mendigos y monarcas. Naufragamos con Simbad y con Robinson, nos batimos con D'Artagnan, tomamos Valencia con el Cid. ¡Cómo me hubiera gustado quedarme para siempre en la isla de Calipso! En verano la higuera mecía todas sus ramas verdes como si fuesen las velas de una carabela o de un barco pirata; desde su alto mástil, batido por el viento, descubrí islas y continentes —tierras que apenas pisadas se desvanecían. El mundo era ilimitado y, no obstante, siempre al alcance de la mano; el tiempo era una sustancia maleable y un presente sin fisuras.

Continuará



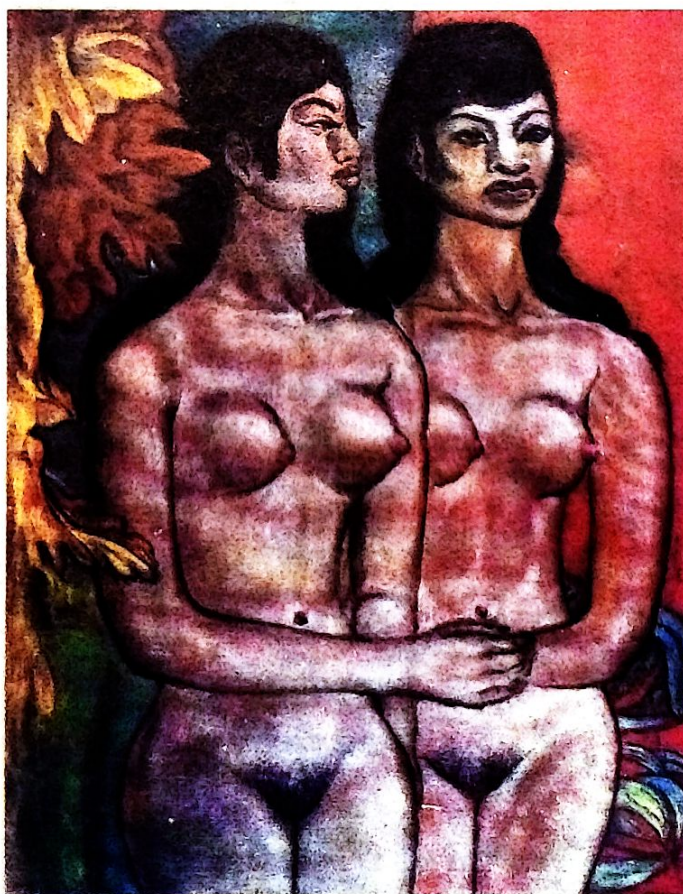
Milagros de la pintura boliviana

GUILLERMO MOSCOSO PADILLA



Guillermo Moscoso Padilla nació en Oruro en 1920. Egresado de la Escuela de Bellas Artes de La Paz en 1934. Fue alumno de Cecilio Guzmán de Rojas, Jorge de la Reza, Marina Núñez del Prado, Reque Meruvia y Alejandro Guardia. Llevó adelante exposiciones individuales entre 1968 y 1981, además de exposiciones colectivas en La Paz, Oruro, Cochabamba, Sucre, Potosí, Tarja y Santa Cruz. De similar forma en el exterior del país: Río de Janeiro (Brasil), Buenos Aires y Jujuy (Argentina) y Cuzco (Perú).

Armando Soriano Badani, al comentar la obra de Guillermo Moscoso, afirma que el artista es un figurista original, concibe sus imágenes con vigorosos monolíticos que alienan una fuerte atmósfera andinista. Su cromatismo encendido concibe con la actitud imitativa del propósito creador.



Pareja, óleo sobre tela